

El quehacer hoy de la Universidad Centroamericana (UCA) y las actitudes que propician la esperanza de emprenderlo*

Juan Hernández Pico**

Introducción

Me han encargado este tema a mí, que soy mucho más joven en la UCA que muchas personas de entre ustedes. En los setenta estuve un año investigando para publicar un libro; en los noventa, cinco años en sociología y teología, y llevo ahorita cuatro años en teología, es decir, diez años dispersos en total. Así que cumplo con este encargo con sencillez y humildad, abierto a todo tipo de cuestionamientos. Tal vez lo único que me avala un poco es mi profunda amistad con Ignacio Ellacuría y Amando López y lo que ellos me transmitieron sobre sus ideales universitarios y la deuda que con ellos tengo.

El quehacer hoy de la Universidad Centroamericana de El Salvador hay que determinarlo ubicando los retos históricos que desafían a esta universidad en esta nueva época de paz, en la globalización y en la crisis mundial que ha sacudido por primera vez a esta misma globalización. Sin embargo, para poder afrontar esos retos con alguna expectativa razonable de hacerlo con lucidez e, incluso, de irlos superando, hemos de profundizar también en las actitudes humanas imprescindibles para empezar el camino o, si se quiere, para continuarlo renovándolo, y para perseverar en él. Lo estructural y lo personal están íntimamente referidos, y sin personas universitarias inteligentes, valerosas, íntegras, generosas, solidarias, perseverantes, esperanzadas y llenas de lucidez, será imposible afrontar los retos que nos esperan y que tienen un carácter estructural histórico, y

* Ponencia dictada el 17 de febrero de 2011, en el Seminario Interno de la UCA.

** Catedrático del Departamento de Teología, UCA.

tampoco será posible afrontarlos a la luz de la inspiración cristiana de esta universidad, uno de cuyos impulsos fundamentales es la esperanza, la esperanza de seguir siendo hoy la universidad cuyo quehacer exigió, de aquellos jesuitas de sus primeros veinticinco años, la disposición al martirio y, de hecho, su asesinato martirial.

1. Los retos que vienen del exterior de la UCA

Los retos históricos de la UCA vienen, por un lado, del exterior de la universidad y son hoy los mismos retos que desafían la realidad nacional de este país en su ubicación centroamericana y en su articulación global. Afrontarlos significa contribuir seriamente a que en El Salvador se avance hacia un país liberado, menos desigual y más fraterno. Desde el principio anuncio que he encontrado catorce retos.

En primer lugar, el reto de la pobreza, que no se ha empezado a superar en el tiempo de la paz desde hace 18 años, y que la globalización puede convertir en exclusión. Este reto exige, en virtud de la justicia distributiva, una profunda reforma fiscal que motive e impulse a las personas y empresas de mayores ingresos a contribuir a una mayor productividad económica y al mayor desarrollo humano de sus conciudadanos, y que permita hacer del Estado un conjunto fuerte de instituciones, capaz de una inversión social complementaria de la privada y orientada a producir beneficios para el desarrollo humano de las mayorías populares, y no solo beneficios para las minorías que viven ya en el bienestar.

Este primer reto fundamental, que puede decirse que fue y continúa siendo el reto del hambre y el problema que más motivó a una parte de las clases populares para adherirse a la rebelión que culminó en la guerra civil, puede ser ilustrado conforme al *Informe sobre Desarrollo Humano en El Salvador*, en 2010. Hace diez años, en el *Informe* de 2001 casi el 39% (38.8) de los hogares salvadoreños

vivía en la pobreza; y en el año 2009, que es el último del que poseemos estadísticas, casi un 38% (37.8) vive aún en la pobreza. Es decir, que en la última década solo hemos disminuido un 1% del total de los hogares en pobreza (IDH 2010 388). Esto tiene mayor importancia si consideramos que en 1995, hace quince años, el porcentaje de hogares en pobreza era del 46.3% (IDH 2005 480). Quiere esto decir que el ritmo de disminución de la pobreza se ha estancado en este país.

Si consideramos no los hogares, sino las personas, nos encontramos con porcentajes más duros. En 2001, el 44.3% de las personas vivía en la pobreza; y en 2009, el 43.5%. La disminución en una década fue menor al 1% (IDH 2010 389). Pero en 1995, el porcentaje de personas en situación de pobreza era casi del 53% (52.9) (IDH 2005 480). Una vez más, estos datos señalan el estancamiento del ritmo de la disminución de la pobreza en este país.

En términos de desigualdad, es decir, de la brecha entre la riqueza de muy pocos y la pobreza de muchos, el Coeficiente de Gini señalaba 0.53 en 2001 y 0.48 en 2009 (IDH 2010 390). En 1995, el mismo coeficiente señalaba 0.48 (IDH 2005 481). Es decir, que, entre oscilaciones, la desigualdad sigue siendo prácticamente la misma en quince años. Y habría que investigar si el cierto descenso que se ha venido dando en el Coeficiente de Gini no ha tenido, en parte, su causa en las remesas familiares de las personas emigradas que en 2009 alcanzaron la cifra de casi tres mil quinientos millones de dólares (3464.9) (IDH 2010 376), una cantidad que superó a todas las exportaciones de bienes y servicios de este país: 3264.4 millones de dólares (IDH 2010 377). Hablando aquí de migraciones, no podemos olvidar que la tasa de desempleo alcanzaba, en 2009, el 7.3 %, pero la tasa de subempleo llegaba al 44.3% de la PEA (IDH 2010 382). Finalmente, el monto de los ingresos del Estado por tributación llegaron, en 2009, a 2609.4 millones de dólares (IDH 2010 378). El PIB bruto en ese mismo año fue de 21 100.5 millones de dólares (IDH 2010

376). Es decir, que la carga tributaria llegó a un 12.43% del PIB, cantidad muy baja si la comparamos con el 20% en Chile e incluso el 18% en Los EE. UU., por no hablar de los porcentajes europeos que rebasan el 30% llegando algunos al 40%.

Este es el cuadro de la pobreza, la desigualdad, el duro precio de la migración y el egoísmo tributario de los grandes ricos que nos puede encajonar en la exclusión. Pasemos ahora a los demás retos que confrontamos.

En segundo lugar, el reto de las personas emigrantes, que emprenden la peligrosa ruta principalmente hacia los Estados Unidos, empujados sobre todo por la pobreza, uno de cuyos motores es el desempleo o el empleo inestable y pagado con salarios insuficientes y, por tanto, injustos, así como sin prestaciones ni pensiones con jubilación decente.

En tercer lugar, el reto de la inseguridad alimentada por la violencia de múltiples rostros y raíces, que convierte al país en un campo de batalla y hace, por tanto, que tampoco en este terreno hayamos superado, dieciocho años después, las condiciones de la guerra.

En cuarto lugar, el reto de la convivencia en pluralidad, simbolizado tal vez por el crecimiento de las comunidades eclesiales evangélicas, la disminución de la adhesión a la fe católica y la aparición de bastantes personas sin afiliación religiosa; pero este reto contiene también la pluralidad política en el espectro de derecha a izquierda y la convivencia con otra larga serie de costumbres culturales o “hábitos del corazón” –por ejemplo, el trabajo acendrado y el dinero fácil de la corrupción, la memoria de Monseñor Romero y de los demás mártires de El Salvador y el resurgimiento de las identidades indígenas– que van haciendo cada vez más compleja y complicada la identidad salvadoreña y centroamericana.

En quinto lugar, el reto de las relaciones de género que van confrontando; cada vez con mayor audacia y valentía; el patriarcalismo y

el machismo de nuestra cultura y de nuestras instituciones estatales, empresariales y laborales, no solo profundamente opresores de las mujeres, sino que hieren a la vez hondamente la dignidad de los hombres, aunque muchos de estos no lo reconozcan.

En sexto lugar, el reto de nuestro entorno inmediato con el ataque siempre más grave contra el medio ambiente nacional y regional, donde sobresalen la crisis del agua y de la deforestación, y todo ello en un contexto global también de deterioro ambiental, de cambio climático amenazador, como el que está cerniéndose sobre la Amazonia, y de probabilidad cada vez mayor de catástrofes naturales de origen también social.

En séptimo lugar, el reto de la corrupción, que mina la integridad de las personas y la solidez de las instituciones, tanto privadas como públicas. Existe una corrupción que no es precisamente la de los políticos o funcionarios que se llenan la bolsa con los dineros del Estado, sino la corrupción estructural, la que supone construir políticas públicas desde el poder que, con toda regularidad, favorecen a los pocos ricos del país; por ejemplo, la privatización de los bancos nacionalizados en 1992 con la oferta de preferencia de compra e información privilegiada sobre su estado y a precios relativamente baratos a unas pocas familias ricas del país, o la perpetua oposición a impuestos progresivos, o el uso de la violencia para la consecución de beneficios económicos enormemente lucrativos como en los narconegocios y otros negocios de mercancías clandestinas, como el de armas.

En octavo lugar, el reto de la opacidad, que arrebatada, tanto a las relaciones personales como a las relaciones institucionales y especialmente a las instituciones políticas, la transparencia que todos esperamos en la convivencia, y nos hace movernos en la vida cotidiana como en un bosque penetrado de una espesa niebla infranqueable que obstaculiza también la democratización de los partidos y su rendición de cuentas a la ciudadanía.

En noveno lugar, la falta de reforma profunda de la Policía Nacional Civil y de reconversión de las Fuerzas Armadas para que cumplan, en una región fundamentalmente libre de otras amenazas fronterizas tradicionales, el papel de vigilantes del narcotráfico, mientras este siga siendo ilegal, y de otros tráfico clandestinos.

En décimo lugar, la falta especialmente grave de búsqueda de alternativas a la lucha policial e incluso militar contra los narco-negocios, sin tener miedo a considerar a fondo un posible consenso mundial o, al menos, regional para la posible legalización de las drogas, como ya se hizo con el tabaco desde tiempos inmemoriales y con el alcohol después de los breves periodos de prohibición en el siglo XX.

En undécimo lugar, la carencia o presencia escasa, una vez más tanto en las empresas privadas como en la actividad pública y gubernamental, de un esfuerzo incesante, dentro de lo posible, de investigación y, más aún, de investigación aplicada al desarrollo y generadora de más investigación (I+D+I). Uno de esos campos de investigación más urgentes y necesarios para este país es el que, desde arquitectura e ingeniería, enfoque la construcción de viviendas baratas y dignas.

En duodécimo lugar, el gran reto de la información y de las comunicaciones masivas, y especialmente el uso eficaz, político y humano de INTERNET y de sus redes sociales electrónicas.

En décimo tercer lugar, el fomento de una ciudadanía formada para la acción pública en la escuela, de una formación política seria y profunda, que vaya haciendo posible una democracia participativa además de representativa. La participación popular auténtica, como lo acaban de mostrar los pueblos jóvenes de Túnez y Egipto, es indispensable

para que los Gobiernos no vivan alienados en la torre de marfil de un sublime aislamiento.

Y finalmente, en décimo cuarto lugar, la apertura al descubrimiento y al fomento del gran depósito de bondad y de coraje para luchar por la vida que existe en el pueblo salvadoreño y en el resto de los pueblos centroamericanos y del mundo, y la acción solidaria, experta pero también amistosa, por la educación y la salud física y mental de estos pueblos, y por la liberación de todo su potencial de humanidad. Y si este desafío les parece utópico en medio de tanta violencia, recuerden las palabras de nuestro santo, San Romero de América, en medio de la violencia que precedió a la guerra: "Con este pueblo, no cuesta ser un buen pastor"¹.

Pues bien, todos estos retos exigen investigación, y su multiplicación en el conocimiento y en la acción, y la UCA debería estructurar un plan para afrontarlos con profundidad e imaginación trabajando en la universidad en red social de pensamiento y acción que comparta los frutos de la investigación con las mayorías excluidas, según escuchamos aquí mismo al P. General de la Compañía de Jesús el año pasado.

2. Los retos internos a la UCA

Pero existen también los retos internos y son los que se desprenden de la enorme exigencia de renovar y recuperar continuamente la coherencia con las responsabilidades que se desprenden de la misma definición que la UCA se ha dado a sí misma. Se trata de tres retos.

En primer lugar, seguir siendo una universidad distinta para el bien de las mayorías.

La UCA pretende ser una universidad independiente, es decir, libre de las presiones que se derivan del sistema dominante e injusto

1. Cavada, Miguel, *El corazón de monseñor Romero*, San Salvador, Centro Monseñor Romero, 2010, p. 71.

de sociedad que trata sutilmente de “mellar el temple” de una universidad² (UD 82) que quiere favorecer el cambio de estructuras económicas, políticas y sociales y el cambio de “hábitos del corazón” que desde la cultura impiden las auténticas transformaciones a favor de las mayorías. La UCA quiso cumplir con esta tarea en sus primeros 25 años de existencia, cuando dos fuerzas enfrentadas en guerra civil se disputaban el diseño del futuro de este país. Ya entonces Ignacio Ellacuría avisaba que, para que la lucha universitaria por el cambio social profundo no se convirtiera en pura ideología que la sociedad pudiera asimilar como prueba de su misma tolerancia o como vacuna que la hiciera inmune al cambio real, “solo un contacto con las mayorías necesitadas y con la necesidad de las mayorías podría constituirse en eficaz principio de autonomía frente a la atmósfera social reinante en el ‘medio’ universitario”. Y continuaba afirmando que la identidad crítica de esta universidad “dejará de ser una especie de medicina preventiva contra el cambio (...) solo si esa crítica se hace conciencia operante en esa mayoría”. Y a su vez, “solo si esa crítica se ve forzada por la presión real de los oprimidos, podrá constituirse en algo auténtico y verdaderamente operante” (UD 82-83).

Después de otros veinte años marcados por el final de la guerra civil y los acuerdos de paz, la realidad nacional no ha sufrido cambios profundos, con la excepción de la renuncia de la Fuerza Armada a implicarse en el poder del Estado deliberadamente, la unificación de la policía en una sola fuerza (la PNC) y, sobre todo, la instauración del pluralismo político, toda vez que uno de los beligerantes, entonces insurgente revolucionario, es hoy adversario político legítimo y legal (FMLN) y, después de haber estado ampliamente presente en la Asamblea y en las Alcaldías durante casi veinte años, ha ganado ya unas elecciones presidenciales. Sin embargo, los largos años de gobierno neoliberal del otro de los adver-

sarios (ARENA), la presión de los valores de la globalización en la era de la información y de la comunicación por INTERNET, y en especial la implantación de la sociedad de consumo, al menos como expectativa de las mayorías, y el refuerzo de esta expectativa desde el contacto inmediato de millones de salvadoreños emigrantes con el norte americano, hacen muy difícil que se sienta en la UCA “la presión real de los oprimidos”. Tanto la seducción del dinero fácil por la vía del servicio al capital delincinencial, especialmente a los narconegocios, como la implantación entre los pobres de identidades grupales novedosas como las de las maras inmersas en la extorsión y otros tipos de amenaza y violencia, han ejercido una influencia deletérea para trastocar la movilización social a favor de la justicia, por la movilización social para el logro del aumento del consumo a toda costa.

En el documento programático de la UCA fechado en 2001, que se titula “Misión de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas”, se afirma que “las cuestiones últimas que se plantean a la UCA son la vida, la verdad, la dignidad, la justicia y la libertad de [las] grandes mayorías” (p. 7), y se mantiene que “históricamente, la identidad y la misión de la UCA se han ido forjando en el intentar responder a este inmenso desafío –que no es exclusivo de ella–” (p.8). Reafirmar esta misión casi 46 años después de la fundación de esta universidad supone asumir lúcidamente que la UCA de hoy vive un ambiente interno poco favorable para empeñarse en realizarla con pasión. Y supone también creer firmemente que, no obstante, “otra universidad distinta es aún posible” y que, para ello, en la UCA y en este país es preciso luchar por una revolución cultural. La crisis de la globalización con el desenmascaramiento de la codicia inhumana de los caudillos de las finanzas, que ha hecho que tanto el presidente de los Estados Unidos como el comisario de Economía de la Unión Europea hayan denominado a esta crisis como

2. Ellacuría, Ignacio, “Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?”, en *Escritos universitarios*, San Salvador: UCA Editores, 1999, pp. 49-92. En el texto se citará como UD y la página, entre paréntesis.